

EL CATECUMENADO DE ADULTOS EN FRANCIA

Philippe Marxer¹

“Creer, en medio de nuestro mundo frágil, puede ser más por indiferencia que por ateísmo, queda el desafío”. Es la constatación que hace el Padre Antine Delzant (1935-2013) hace casi 7 años y sigue siendo de mucha actualidad. “Por la palabra desafío, añadía, entiendo un combate y un debate. El combate no es la voluntad de hacer prevalecer sus propias elecciones sobre la de los otros. Cuando uno es verdaderamente parte de la sociedad (...) tiene un combate consigo mismo. En efecto, uno se sumerge rápidamente en todos los intereses que nuestra sociedad propone, un gran peligro porque se considera todo lo que hace en relación a los compromisos religiosos como de menor importancia y eficacia. Existe también un debate que uno es conducido a llevar, sea consigo mismo, sea con los compañeros. Este debate es sobre la importancia para toda la vida del acto de creer”

Estas líneas, tomadas de una entrevista del diario “La Croix”², esbozan el paisaje de una sociedad occidental sobre la cual se pone la

1 Jesuítas. Master en Teología, Director adjunto del servicio nacional de catequesis y del catecumenado de la Conferencia Episcopal de Francia y responsable del acompañamiento de las prácticas catecumenales, miembro del comité Local de Francia del III Congreso Internacional del Catecumenado.

2 Diario “La Croix”, 6 de abril de 2007.

cuestión que ocupa este Congreso Internacional del Catecumenado: la iniciación cristiana en un cambio de época. ¿Es posible llegar a ser cristiano en un mundo fragilizado por los cambios- para comprender las palabras de ese sacerdote- tan revuelto, tan revolucionario? Si uno mira las estadísticas que el Servicio Nacional del Catecumenado tiene, en cuanto al número de personas que piden los sacramentos de iniciación, la respuesta es positiva. Es posible llegar a ser cristiano hoy. 3631 hombres y mujeres han sido bautizados en la noche de Pascua, el 19 de abril último y si uno mira la evolución de los últimos años, la progresión no cesa de constatarse desde hace 30 años es superior al 40 %.

Estas cifras, muy esperanzadoras, harían casi olvidar la dureza de la sociedad y de la cultura en la que se desarrolla. Así evocaría, en un primer momento, la situación francesa pues el contexto que nosotros conocemos se debe tomar en cuenta para el futuro del cristianismo. Después, en un segundo momento, haré eco de lo que los catecúmenos buscan y testimonian a lo largo de su iniciación. Su palabra se deja escuchar en varias dimensiones que muestran bien el mundo en el cual viven que es cambiante y donde el cristianismo responde a sus esperanzas. Por fin en un tercer momento, miraría lo que es “ser cristiano”. ¿De qué hablamos nosotros cuándo se trata de la iniciación cristiana? ¿En qué consiste esa iniciación o en qué debe consistir verdaderamente? Esta aproximación me permitirá evocar los cambios de postura que conocen hoy bien los acompañantes hacia las comunidades... ¿Cuáles son? Esa es una pregunta que es necesario no olvidar al hablar.

EL CONTEXTO CULTURAL FRANCÉS Y SU COMPLEJIDAD

La situación francesa es paradójica. Hemos salido en efecto de un cristianismo “étnico”, es decir, de una sociedad en la que cuando se nacía en suelo francés, uno era, casi obligado, a ser católico. Si pienso, por ejemplo, en mi propia familia, mis padres, mis abuelos, mis tíos estaban bautizados a más tardar el segundo día de su nacimiento. Y no se hacía únicamente con urgencia en razón de los

rumores de guerra mundial, sino que la urgencia venía porque era importante consagrar inmediatamente el niño a Dios y agradecerle por esta fecundidad. Mi hermano y yo mismo fuimos bautizados algunas horas después de nuestro nacimiento. Más allá de este ejemplo que muestra una práctica, lo que permite calificar este catolicismo como étnico es que está ligado a una etnia: el pueblo francés. Recuerdo haber realizado mis estudios en la escuela republicana, pero todos los estudiantes nos encontrábamos el jueves por la mañana en el catecismo. Un Instituto de encuestas, el IFOP, afirma que más del 87 % de los franceses se decían católicos y que actualmente solo el 56 % se declara como tal. Nótese que declararse católico no significa practicantes regulares. El porcentaje, para esta categoría, es hoy inferior al 5 %.

La paradoja es que no vivimos más en esta sociedad donde el sello cristiano era fuerte. Las estadísticas están ahí para mostrarlo. Sino que, de manera sorprendente, evolucionamos a una sociedad todavía más religiosa que antes. Sin embargo, hay una particularidad: esta religiosidad es sin Dios. El fenómeno religioso está por todas partes, cuando muchos sociólogos y ensayistas prometían, hace ya algunos años, el fin de la religión, "la salida de la religión". No es raro que los medios de comunicación hablen de católicos que quieren escuchar a un maestro hindú o budista, las conversaciones que se operan en favor del Islam, etc. Y este fenómeno se acentúa en la medida en que Francia se dice un país laico, que reivindica su laicidad constitucional. Más reclamamos la laicidad, más hablamos de religión, eso es normal porque la laicidad se compara en relación a las religiones.

Hemos dejado el catolicismo de masa para entrar en una sociedad multireligiosa ahora que profetizábamos su caída, una falla de los sistemas religiosos. Nos es necesario, sin embargo, ir más lejos pues esta descripción, de lo que pasa en nuestro país, le falta profundización. Se necesita complementar el análisis para darnos cuenta de la situación presente.

En efecto, el encuentro con los catecúmenos nos lleva a tomar conciencia del fenómeno, nuestra sociedad está como saturada de sentido. Los medios de comunicación son la ilustración en este sentido ya que el menor acontecimiento, sea político, social, económico, técnico es el objeto de un comentario que no podría ser breve. En realidad, en esto tan lleno de explicaciones en que se transforma nuestro cotidiano ¿de qué hablamos realmente? De “nada”. Esto que en sí, no es negativo, nos empuja a buscar mejor. Sin llegar a un psicoanálisis, el hombre que se nos presenta se considera como la medida de todas las cosas. Si bien que en el caso de resistencia ligada a la realidad de estas cosas, su pretensión se transforma en resentimiento o en escape a lo virtual. Por poner un ejemplo: la aplicación de un modelo matemático a la economía social no produce siempre los frutos esperados. Si bien que el individuo, se encuentra sumido en sus discursos, a esas explicaciones que no cesan de darle y no mejoran su cotidianidad, uno se pregunta si, sobre el terreno religioso, no habrá algunas referencias interesantes para guiar su vida. A la “nada” que ofrece la sociedad, las corrientes religiosas con su mensaje tienen todavía buenas noticias para ellos.

En una encuesta realizada hace ya dos años con los neófitos, a propósito de sus experiencias religiosas anteriores, aparecen diferencias, frecuentemente entre personas que eran inmigrantes o no. Para los primeros que vienen a instalarse en Francia, la experiencia religiosa, realizada antes de dejar el país, ejercía una gran influencia. Los africanos, antillanos, etc. reconocen el poder de los ritos ancestrales y no dudan en pedir exorcismos públicos, en el momento de la entrada al catecumenado. Para los de origen francés que piden el bautismo, los testimonios nos ofrecen cierto número de creencias, como por ejemplo la astrología. Su supervivencia es sorprendente porque el conocimiento científico, que se posee, los debería erradicar. No es así, es por eso – que dicen los neófitos – que los horóscopos que dirigen la vida privada, la vida profesional y la salud son positivos. En efecto, hay pocas creencias con tal in-

fluencia en el planeta. La importancia está en que las predicciones sean positivas. Esto revela el vacío en el que muchos individuos viven. Y cuando los acontecimientos de la vida vienen a golpear la puerta, ese vacío aparece y engendra una búsqueda.

Se puede pensar que Internet no es neutro en este sistema pues, si las webs entregan información elaborada y verificable metodológicamente, entrega igualmente un cierto número de teorías irracionales, y en este sentido, desarrolla la duda. Podríamos hablar de una cierta demagogia cognitiva, de miedos que vuelven a surgir y que vienen a contradecir las experiencias científicas (por ejemplo la telekinesia, la creencia en los extraterrestres, las cuestiones de la alimentación y la salud... que son de alguna manera, las nuevas creencias). Más globalmente, es necesario decir que las personas buscan algo que no encuentran en el saber y en la ciencia. El motor de este movimiento es el que consiste simplemente en tomar los deseos por realidades. El desafío es de importancia para la Iglesia que acoge a todas esas personas que desean encontrar un sentido en este mundo saturado de explicaciones, de teorías, de racionalidades que no le satisfacen.

En ese mismo orden de ideas, un cambio verbal está operándose y es, sin duda, menos neutro de lo que parece. El lenguaje de los valores desaparece en provecho del de las virtudes. Se hablará largamente de la virtud de la fraternidad evocando la Iglesia, por ejemplo, más que llamar al registro de los valores. ¿Por qué? Porque los valores presentan un aspecto voluntarista al cual es necesario someterse en nombre de un bien que no es el objeto de una elección personal. Hay, en los valores, una dimensión subjetiva cada vez que la sociedad está en peligro a la que recurre a ellos para encontrar un orden que dé seguridad. Es raro que los valores no se presenten como moralizantes, y sirven finalmente para evaluar a las personas, los grupos, las instituciones. Uno se da cuenta hoy que hay necesidad expresada de no estar sometido a esta evaluación porque en nombre de su pretendida objetividad, incluso de

verdades que poseería, no da derecho a la persona a su búsqueda, a su pregunta, a ese vacío interior tan necesario para existir

TRES DESAFÍOS PARA LA IGLESIA

Este contexto tan particular que nosotros conocemos en Francia y que acabo, rápidamente, de describir pone de relieve un cierto número de desafíos, propios de nuestra época y de nuestra cultura. Ellos son por lo menos inéditos y cuestionan el futuro del cristianismo tanto más que no estamos preparados para afrontarlos. Hablo de tres:

Mundialización e identidad

El primer desafío es una consecuencia directa de la mundialización. Este fenómeno de mundialización o de la globalización toca a todo individuo. Y vivir en este mundo así representa tanto una riqueza, un potencial explotable como un desafío: ¿Quién es ese individuo en la escala de ese gran océano? ¿Cuál es su identidad? ¿Su lugar? Este mundo genera búsquedas identitarias muy importantes que necesitan la reconstrucción de nichos identitarios. Esto va a ser el espacio familiar y a nivel de un país, el espacio nacional. Las fronteras van a ser levantadas: el espacio económico por ejemplo va a instaurar tasas a las importaciones. Es lo mismo en el plano religioso con las reales fronteras entre los individuos: ¿Quién forma parte del espacio religioso? ¿Quién está fuera? Interrogantes, determinaciones que generan bien a menudo crispaciones pues la cuestión principal es la de los lugares donde una persona puede vivir, se construye por así decirlo una segunda piel. En un mundo donde todas las claves para comprenderlo no son dadas y que se encuentra, de manera permanente en vibración, la necesidad de un espacio que asegure, que proteja, que equilibre viene a ser una búsqueda omnipresente. La Iglesia debe cuidarse en ofrecer este espacio donde la identidad de cada uno pueda desarrollarse.

Pluralismo y Verdad

Segundo desafío: el del pluralismo pues, en unos cuarenta años, el mundo en el que Occidente evolucionaba, ha basculado hacia una ideología donde las cosas deben ser plurales, diferentes, ya sean políticas, sindicales, religiosas, culturales, en las maneras de hacer o en las ideas. Nuestros contemporáneos no quieren escuchar solo una voz. Nadie quiere vivir en un mundo uniformado. En si, este pluralismo es un valor positivo. Pero engendra una cuestión mayor que es la de la Verdad. ¿Qué es la Verdad? Toca de lleno en nuestra Iglesia: ¿Quién dice la Verdad? ¿El cristianismo? ¿El Islam? ¿Las religiones orientales? etc. ¿Cómo permitir que la Verdad venga? La consecuencia de tal pluralismo es el relativismo que permite a cada uno llevar su existencia. Nuestra Iglesia debe aceptarlo.

Autoridad e individuo

Tercer desafío: Nuestro mundo occidental, en la mayor parte europeo, se revela ser el del individuo. Al mirar los siglos pasados, un profundo cambio se ha operado. Cada hombre principalmente existía por su estatus social que le confería la corporación o el orden al cual pertenecía. Pensemos en las cofradías que reunían a las personas ejerciendo una misma profesión: panaderos, boticarios, etc. Con la modernidad, incluso si estos colectivos han sobrevivido no será más que a través de la noción de clases sociales, una emancipación del individuo se ha producido hasta tal punto que cada uno debe ser capaz de decir: debo imaginar mi proyecto de vida, de inscribirlo socialmente, de realizarlo concretamente. Esto significa, en contrapartida, que no hay más razones para aceptar una autoridad de cualquier naturaleza que sea, sobre todo si esta viene a prescribir un itinerario a seguir. Y paradójicamente, las personas desean ser ayudadas.

Escuchar bien a aquellos y aquellas que llaman a las puertas de la Iglesia

Se comprende las consecuencias para la Iglesia, consecuencias que pueden ser de dos órdenes. El primero: ayudar al individuo. Cada

hombre, cada mujer se encuentran situados en un mundo donde las identidades son frágiles, donde la cuestión de la verdad no sale por sí misma- es bueno construirse siendo auténtico- y donde la relación con las instituciones es ambigua- se sabe que las instituciones ya sean políticas, sociales, económicas, religiosas han fallado pero no al punto de desacreditarse totalmente. Para comprender ese clima, en el cual vivimos, es suficiente mirar la manera como vivimos la vida cotidiana en relación con el otro. En las grandes ciudades, el vecino de piso es, a menudo, desconocido. Uno busca evitarlo. Nosotros nos encontramos, de hecho, en una sociedad de la evitación, evitación entre los pueblos, evitación cultural, religiosa y sobre el plano de las ideas. Y paradójicamente, al mismo tiempo, ese mismo individuo que no hace ningún esfuerzo por conversar con su vecino dirá desear una vida de relaciones con los otros. Es con esta realidad como la Iglesia debe situarse, pues reflexionar el lugar que debe ocupar un neófito en su comunidad de elección no es tan simple como parece después de uno o dos años de camino.

Ayudar al individuo fragilizado por este tipo de sociedad, primero, ayudarlo a que pueda sentir que Dios le llama. Me gustaría dejar la palabra a los catecúmenos que a medida que caminan comienzan a decir las motivaciones profundas que tienen. He aquí algunas palabras subrayadas por los acompañantes.

A la pregunta: ¿Qué es lo que les ha conducido a pedir el bautismo? Responden: el encuentro con un cristiano, o con un sacerdote, el testimonio de un colega de trabajo, un acontecimiento de la vida (muy a menudo la muerte de un ser próximo), sentirse acogido, ser pedido como padrino o madrina de un bautismo o de una confirmación, etc.

Pero, seamos más precisos: ¿Qué es lo que atrae a los catecúmenos a nuestra Iglesia católica? Dicen entonces: es entrar en una relación personal con Dios, la libertad que ofrece la Iglesia, sentir la alegría de ser cristiano, estar con otros, vivir la solidaridad, ser

respetado, descubrir su unidad profunda, abrirse a un verdadero sentido de la vida, compartir un amor en confianza, maravillarse de las bellezas de la liturgia, etc.

Estas respuestas recogidas este año piden ser analizadas. Subrayan en efecto tres dimensiones antropológicas que tienen necesidad de ser explotadas en el camino neocatecumenal y que definen también eso que la es la vocación, palabra que etimológicamente reenvía a llamar (vocare).

El humanismo greco-latino

La primera de esas dimensiones es el humanismo greco-latino del cual nuestras sociedades occidentales son el resultado. En esta tradición, la divinidad siempre ha sido comprendida como una fuerza en obra en el mundo, una fuerza que no dirige la palabra al hombre, que no llama por su nombre. Al centro de esta teodicia, la noción de causalidad. La divinidad está en el origen de todo lo que es. Y esta noción de causalidad atraviesa toda la historia del pensamiento occidental (hasta Voltaire, con su gran reloj). Hay sin embargo una noción que va a revelarse fecunda en el pensamiento cristiano. Aquella de la naturaleza humana, es decir, el conjunto de cualidades que un ser humano está destinado a poner por obra para hacerse como hombre. Este humanismo presenta algunas debilidades, sobretudo el elitismo pues los bárbaros no pueden pretender este cumplimiento de la humanidad en ellos, una dinámica positiva se abre: "llega a ser eso que tú eres". Y al escuchar a los catecúmenos desear recibir los sacramentos de iniciación cristiana, esta dinámica se revela bien presente y activa entre ellos. Ser cristiano, es permitir a su humanidad cumplirse plenamente.

El sujeto y la libertad

La segunda dimensión, es también heredera de todo ese pasado filosófico de los siglos XVII y XVIII que se apoya sobre el famoso "cogito" de Descartes: "pienso luego existo". El punto de partida de esta reflexión es la conciencia del sujeto. Y esta conciencia

está ligada a otro concepto esencial de la modernidad – y que los catecúmenos experimentan-: la libertad. Esta libertad –el Yo- no está dado, es una conquista. Eloi Leclerc evoca a Pascal en uno de sus libros “Encuentros de inmensidad”³. El hombre es libertad y esa es su grandeza y su tormento. “Puede este ser único, ese Yo auténtico que está llamado a ser, o al menos a hacer el ser, no existe aún. Si él es desconocido, es precisamente porque él no es del todo dado; es a construir. Ser uno mismo, es ser para sí. Como también escribe L. Lavelle, haciendo eco al pensamiento de Pascal: “Yo sé que yo soy y yo no sé que soy. La conciencia que yo tengo de mí mismo es a la vez luz y tinieblas, no porque el yo es un ser misterioso que la propia conciencia tendría que revelar detrás del velo que lo recubre, sino porque es un ser que no existe aún y al cual la conciencia sola es capaz de dar la asistencia que le falta”. Entre los catecúmenos, “el Yo” está interpelado y es un “yo” que está llamado a decidirse.

El encuentro con el otro

La tercera dimensión presente en los testimonios de los catecúmenos y que hace entender bien hasta qué punto estos hombres y mujeres han nacido en el siglo del encuentro con el otro. Para un filósofo como Emmanuel Lévinas, el punto de partida de toda la experiencia ética, es decir, lo que pide la elección, se inicia con el encuentro con el otro. La mirada del otro no es primeramente percepción sino interpelación. Me llama a una respuesta, me llama a responderle a él. Si todas las corrientes humanitarias están en consonancia con esta filosofía, los catecúmenos lo expresan a su manera este deseo de encuentro con los otros sin duda porque ellos mismos conocen una vida frágil, amenazada por la violencia o la exclusión. Se puede decir que hay tantos acompañantes que se sienten llamados a actuar a favor de todas esas personas en búsqueda de Dios, en búsqueda de paz y de un sentido a sus vidas.

3 LECLERC, Eloi, *Rencontre d'immensités*, DDB, Paris 1993, 56-57

Estas tres dimensiones que son recurrentes en los testimonios de los llamados nos dan información sobre el proceso de acompañamiento que nuestra Iglesia debe poner en funcionamiento: respetar la libertad de participación, favorecer el encuentro con los otros, dar a todo individuo el poder "llegar a ser lo que es". Ser llamado supone que la Iglesia adapte su camino de fe a estas dinámicas de las cuales es portadora toda persona de la cultura occidental. El Texto Nacional para la orientación de la catequesis en Francia (TNOC)⁴ invita a los actores pastorales a concebir las propuestas, siempre más ajustadas, al lugar donde están las mujeres y hombres que tocan a su puerta.

LLEGAR A SER CRISTIANO

Lo que está en juego, en términos de iniciación no consiste únicamente, en lo que uno comprende que su existencia es una respuesta a una llamada – el de Dios- sino que debe igualmente responder de Dios. El TNOC ha subrayado la plaza importante que hay que dar a la Palabra de Dios y el cuidado que se debe dar a la liturgia. Abrir juntos las Escrituras, leerlas y rezarlas no tienen por objetivo dar informaciones sobre Dios. Se abre la Biblia, se la medita para escuchar a Dios hacer una pregunta: "¿Quieres vivir conmigo?" "¿En Alianza?" "¿En comunión?". Llegar a ser cristiano en este mundo de hoy, es saberse destinatario de una llamada y de una promesa y finalmente de un don. Es la aventura de la fe que durará toda la existencia y que conlleva una responsabilidad: dar respuesta de Dios en este mundo. Pues llegar a ser cristiano no es primeramente y solamente un beneficio personal. Es un deseo de responder a Dios y de responder de El con los que se han hecho cristianos. Esta dimensión eclesial no podría estar ausente del itinerario catecumenal porque desde la entrada en el catecumenado, la liturgia la hace presente desde las primeras preguntas puestas al candidato. Sería contradictorio que toda persona entrando en

4 CONFERENCE DES EVEQUES DE FRANCE, Texte national pour l'Orientation de la Catéchèse en France, Bayard Cerf Fleurus-Mame, Paris 2006

el catecumenado pida a Dios creer en Él, en su salvación y, al mismo tiempo, no interesarse en la manera como la humanidad va a responder a Dios. Esta misma invitación a responder a Dios se encuentra en el momento de la “*redditio symboli*”. Después de haber sido catequizado por la Palabra de Dios, después de que las Escrituras hayan iluminado la vida del catecúmeno, viene el tiempo, para él, de profesar la fe y de decir: “el Padre Nuestro”. He aquí la respuesta, una respuesta que es solidaria con aquellos y aquellas que dicen también “creo” y me comprometo.

El lugar de la conciencia

Si la primera consecuencia del contexto cultural descrito precedentemente consiste en ayudar verdaderamente a las personas que se presentan haciéndolas descubrir un sentido a su vida y una fraternidad que les acoge, la segunda consecuencia se refiere a la Libertad. ¿Cómo caminar cada uno para que llegue la Buena Noticia, en ese horizonte que es más dinamizante en una sociedad globalizada, pluralista, individualista, desinstitucionalizada?

En nuestra cultura, el individuo es lo primero. Hay necesidad de cultivar su diferencia y de pedir ser considerado en su singularidad. Esta reivindicación se manifiesta en la petición de poder construir su vida como él la comprende, es decir a tientas, cometiendo errores sin que se le reproche. En relación a esta petición bien específica, la tradición cristiana no está sin recursos. En la carta a los Romanos, del apóstol Pablo recuerda que aun los paganos que no tienen leyes tienen una conciencia y serán juzgados de la misma manera pues eso que les viene de Dios les es accesible a través de la conciencia (Rom 1-2). El Vaticano II dedica notablemente esos grandes textos donde se valora al hombre o al individuo por el hecho mismo de la conciencia⁵.

A la pregunta práctica de saber cómo permitir a alguien descubrir y hacer suya la Buena Nueva, el itinerario catecumenal, que se les

⁵ *Gaudium et Spes, Dignitatis Humanae, etc.*

propone, debe hacer obligatoriamente una llamada a la conciencia, ese “santuario” como *Gaudium et Spes* le llama. En un santuario, Dios no falta, se hace presente. Y, escuchando a los candidatos contar sus historias de vida, es evidente que Dios se dirige a esta facultad propia de cada uno. La conciencia ha sido despertada por los encuentros, las lecturas, por la misma cultura, y uno sabe que ella es el lugar íntimo, que las leyes humanas defienden. Nos encontramos que las Escrituras, en el cristianismo valoran ese lugar de instancia crítica en cada uno, en medio del cual es posible orientar su vida. Desobedecer la conciencia, incluso cuando ella es ciega es una falta. La única responsabilidad en este sentido es iluminar sino es así todo el individuo se convertirá en “esclavo” como dice San Pablo. En una cultura del individuo, globalizada como se ha dicho, todo itinerario catecumenal debe reconocer en esta instancia un lugar fundamental. Pues obedecer a su conciencia es responder a la llamada que Dios le dirige. Esta llamada no puede ser más que del orden del bien. Dios no puede llamar al hombre a hacer el mal. Es por eso que la conciencia tiene necesidad de ser despertada, educada, acompañada y valorada. La iniciación cristiana no podrá poner de lado, en su agenda de tareas, ese trabajo del despertar la conciencia. En 2012, los Obispos de Francia han decidido la constitución de un grupo de trabajo sobre el tema: “Proponer los sacramentos de iniciación cristiana y preparar el matrimonio en el contexto de la Nueva Evangelización”. En noviembre de 2013, la Asamblea plenaria ha intercambiado sobre dos preguntas: ¿Cuáles son los elementos esenciales que deberían aparecer en una preparación al matrimonio y qué puntos de referencia se deben dar a los agentes pastorales? El texto que ha sido publicado subraya la importancia de una teología del cuerpo y de la ayuda sobre el plan conyugal a dar. Estos ejemplos, a los cuales sería fácil de agregar los de las situaciones personales de los candidatos que están impedidos hoy para recibir el bautismo, subraya la educación necesaria de la conciencia y la clave que constituye para toda iniciación sacramental.

La responsabilidad de la comunidad

Este tipo de sociedad obliga a las comunidades, y por consiguiente a los acompañantes, a ¡ser ejemplares! Y si el número de catecúmenos aumentan en Francia, no es únicamente porque la inmigración es más importante, sino porque las comunidades se muestran más vivas. ¿Sobre qué punto en particular?

Parece que los catecúmenos, antes de comprometerse en un camino, desean tocar con los dedos eso que el Evangelio produce. No es suficiente decir las palabras de fe en nuestra sociedad, aun las grandes fórmulas de la fe, para que eso tenga un impacto suficiente sobre nuestros contemporáneos. Las personas quieren darse cuenta de aquello que la fe realiza concretamente. Hace una treintena de años, se buscaba más las ideologías. Nos quedamos en sociedades ideológicas (el concepto es en plural) pero él dialoga, se posiciona en relación a la puesta en obra de las ideas. Uno puede pensar todo lo que quiera, tener convicciones religiosas, políticas, culturales extremadamente diversificadas y expresarlas sin que termine sistemáticamente saliendo a la calle. Lo que interesa a la gente, es saber – para poder volver a la fe cristiana- que le da para vivir. Esta situación es comparable a la del Evangelio cuando los discípulos de Juan el Bautista piden a Jesús donde vives. La respuesta de Jesús es la que hemos formulado: venid y veréis. Y esta respuesta compromete pues a la comunidad – y más particularmente a los acompañantes – sino viven la fraternidad, si no respiran la alegría de la cual ellos se dicen beneficiarios leyendo el Evangelio, si esto no se da hay fuertes probabilidades que el cristianismo no aparezca creíble para aquel que busca a Dios. Y ese desafío hoy lanzado a la Iglesia no toca únicamente a aquellos y aquellas que buscan la sabiduría o la alegría. Aquellos que creen en los ideales morales se muestran exigentes en cuanto a la puesta por obra de eso que nosotros cristianos decimos. Es por esto que las comunidades están llamadas a llegar a ser ¡ejemplares! El cristianismo será creíble ahí donde su decir y las exigencias que él pone encuentren una verificación que toda persona pueda en-

contrar. La historia de la cristiandad nos recuerda que la llamada evangélica no es propagada a partir de las ideas sobre Dios, sino sobre una experiencia donde el Evangelio es vivido. El Papa Benedicto XVI lo recuerda: “En el origen del hecho de ser cristiano, no hay una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, una Persona, que da a la vida un nuevo horizonte y por ello su orientación decisiva”⁶. Reflexionando, esto significa que creer -para un cristiano- supone que no hay pruebas. Él cree sobre la Palabra. Y esa Palabra da confianza por el hecho de que los y las que las dicen ponen por obra la vida misma de Cristo. Y uno sabe que la Palabra no son solo palabras que son dichas o repetidas sino también la vida que se lleva a causa de las palabras que son dichas. En la medida en la que Cristo llama hoy a las personas que nosotros tal vez no habríamos elegido, él desea hacer “sus amigos”. ¿La vida cristiana de nuestras comunidades es capaz de acercarse a no importa quien para hacer de ella un hermano o una hermana? La iniciación cristiana no es en sentido único, donde no tendríamos solamente que entregar nuestro mensaje y autenticar el camino hecho. Fluye en la comunidad y el interrogante de manera interpelante sobre la fe de sus actos. ¡Ella también está llamada a responder de Dios!

PARA CONCLUIR

Exponiendo un poco ampliamente ese mundo plural e individualizado que la Iglesia en Francia descubre, sabiendo que las instituciones han perdido su credibilidad en los últimos años, la iniciación cristiana en estos cambios de época suponen un acompañamiento variado de todas las personas que tocan a la puerta. No pudiendo encerrar la aventura de llegar a ser cristianos en los márgenes institucionales fijos pues las personas que se presentan muestran un recorrido de vida extremadamente variado, es tranquilizador ver que la llamada de Dios resuena de muchas maneras. Esta pluralidad de formas en el acceso al camino catecumenal ne-

cesita una iniciación sacramental que corresponda y también un acompañamiento que sepa encontrar el punto donde están las personas y relacionarse con ellos. Ese pluralismo pone una pregunta temible a la Iglesia local, a los cristianos que la componen, que acogen e inician a los candidatos venidos de horizontes diversos. ¿Son capaces de ser un lugar de verdadera comunión, un lugar donde todos los itinerarios propuestos, todos los acompañamientos desplegados puedan tener una sinergia, sin que haya conflicto ni exclusión de cualquier orden que sea? Esta comunión concierne a los carismas de cada uno, que son variados, ordenados los unos a los otros, siguiendo el esquema corporal que el apóstol Pablo utiliza para explicar la Iglesia. Ella interroga a la eclesiología que nuestras comunidades despliegan pues el desafío al que esos hombres y mujeres que han escuchado la llamada de Dios nos confronta es el poder hacer encontrar iglesias donde esa diversidad de dones y de carismas esté bien articulada en comunión.